

Identidad de género de la mujer: tres tesis sobre su dimensión social

*Alejandro Cervantes Carson**

RESUMEN

En la historia del pensamiento social, identidad y género son conceptos que, a pesar de haber prevalecido durante periodos prolongados, no han provocado grandes aspavientos, por lo que, en realidad, su presencia y fortaleza conceptual han pasado inadvertidas. Durante los cinco lustros más recientes, hemos sido espectadores de un considerable número de movimientos que, al provenir de distintas esferas sociales y por tener diferentes directrices políticas, han propiciado la necesidad de una profunda reconsideración acerca de sus contenidos y usos en el discurso científico, institucional y cotidiano. En el orden de lo teórico, esto ha significado una reconceptualización radical: género e identidad, identidad y género, identidad de género. Como actores sociales y sujetos cognoscientes, hemos presenciado no el nacimiento de esos dos conceptos, sino su resignificación total. En este trabajo se explora la dimensión social —y en ese sentido sociológica— de la estructuración y renovación de la identidad de género de la mujer.

ABSTRACT

Even the history of social thought, identity and gender are ideas that, even though they have prevailed for a long period of time, haven't caused a great fuss, so, in reality, their presence and conceptual strength have gone unnoticed. Over the last 25 years, we have witnessed a considerable amount of movements that, because they originate from different social spheres, and because they have diverse political directrices, have caused the need for a profound reconsideration about their contents and uses in the scientific, institutional and daily discourse; theoretically this has meant a radical rethinking: gender and identity, identity and gender, gender identity. As social actors and cognitive subjects, we have not only witnessed the birth of these two concepts, but their total resignificance. This essay explores the social —and, in a sense, sociological— dimension of the structuring and renewal of women's gender identity.

*Alejandro Cervantes Carson. Teacher assistant en el Population Research Center de la Universidad de Texas, en Austin. Se le puede enviar correspondencia a: Main Building, 1800, University of Texas, Austin, Texas 78712 USA, Tel.; (95) 512 471 83 57.

TESIS PRIMERA. Las desigualdades sociales entre el hombre y la mujer no están biológicamente determinadas, sino socialmente construidas.

EL reconocimiento de que existen profundas diferencias entre los procesos de carácter biológico y social y el tipo de relaciones que se suscitan entre estas dos grandes esferas de la historia de la humanidad marca el inicio de la desmitificación de una lógica natural de la desigualdad social basada en el sexo, la edad (Lamas, M. | 1986;

Collier, J. F. y Yanagisako, S. J., 1987) y otras características similares, como raza, color de piel, estatura, peso y fenotipo.

Los individuos no nacen biológicamente predeterminados a vivir un tipo de vinculación con los sistemas sociales, la estructura de privilegios, la distribución del poder y las posibilidades de desarrollo social, afectivo, intelectual y psíquico, lo que sucede más bien es que sus características biológicas son utilizadas como recurso ideológico para construir y justificar la desigualdad. Por lo tanto, no es en su constitución fisiológica donde encontramos las grandes respuestas a las interrogantes que pretenden explicar por qué algunos sujetos son “naturalmente más aptos” que otros; es en el orden de lo social, de lo cultural, de lo ideológico y de lo simbólico, donde se hallan los “argumentos” de esta inequidad.

En palabras de Marcela Lagarde, el problema puede describirse de la siguiente manera:

Hombre y mujer han sido siempre sexualmente diferentes. En un proceso complejo y largo, se separaron hasta llegar a desconocerse. Así se conformaron los géneros por la atribución de cualidades sociales y culturales diferentes para cada sexo, y por la especialización y el confinamiento exclusivo del género femenino en la sexualidad concebida como naturaleza, frente al despliegue social atribuido al género masculino (1990: 48).

Con la desnaturalización o desbiologización

del argumento que justifica la desigualdad social basada en la pertenencia a un sexo (Stoller, R., 1968; Millett, K., 1970; Rubín, G., 1975), se genera el concepto teórico —y a la vez metodológico— que marcara un hito por su enorme fortaleza crítica y analítica: el concepto de género (Lamas, M., 1986; Ferree, M. y Hess, B., 1987; Laslett, B. y Brenner, J., 1989).

Si bien la idea de género como criterio de agrupación o de diferenciación no es nueva, la manera en la que el concepto comienza a ser incorporado y utilizado en psicología —clínica y social—, antropología y, posteriormente, en sociología, ha logrado propiciar un proceso dual de resignificación y desarrollo.

Por un lado, se construyen cualidades descriptivas y analíticas basadas en la capacidad de la idea de género para señalar la diferencia entre sexos. No es sólo que por medio de este concepto se separe y clasifique a los sujetos de acuerdo con sus características fenotípico-sexuales, que se reconocen visual y “naturalmente”, lo que resulta novedoso es que esta idea permite reinterpretar la relación entre lo genético y lo adquirido, lo innato y lo aprendido, lo biológico y lo social, porque problematiza fundamentalmente la idea de las estructuras “naturales” inherentes a los individuos y cuestiona la supremacía de la naturaleza sobre la cultura en la definición de lo que es masculino y lo que es femenino, lo que es propio del hombre y lo que es propio de la mujer.

Que la diferencia biológica, cualquiera que ésta sea —anatómica, bioquímica, etcétera— se interprete culturalmente como una diferencia sustancial que marcará el destino de las personas, con una moral diferenciada para unas y para otras, es el problema político que subyace en toda la discusión académica sobre las diferencias entre el hombre y la mujer (Lamas, M., 1986: 178).

Así, el concepto de género se coloca exactamente en el centro de la partición mundo natural/mundo social, relativizando el obstinado, obsoleto y viejo conflicto que sobre el origen de las determinaciones últimas del sexo han sostenido las ciencias

naturales y las ciencias sociales a través de la historia.

Consecuentemente, este concepto sufre un proceso de maduración: pasa de ser una variable que reconoce y separa el comportamiento sexual en su expresión social, a ser un concepto que permite establecer relaciones entre los elementos que interactúan para generar la diferencia.

El concepto de género adquiere su forma más completa en la misma etapa en la que se convierte en perspectiva analítica, en modelo de interpretación (Saarinen, A., 1988); en una forma de pensamiento capaz de reconocer lo sexual como un sistema de diferenciación social (Ferree, M. y Hess, B., 1987), como un sistema de distinción, como una estructura de prestigio (Ortner, S.B. y Whitehead H., 1981) que coexiste y se articula con otras estructuras de organización diferencial de los sujetos sociales. Desde la perspectiva teórica más desarrollada, el sistema genérico de cualquier sociedad es una construcción social: su mundo es el de las estructuras, los sistemas y las instituciones en interacción con lo mágico, lo religioso y lo simbólico; su componente biológico es un reducto, un anclaje —por así decirlo— de su dinámica social.

Como la clase, el género constituye una de las dimensiones básicas de toda organización social. Este concepto se refiere a relaciones variables social e históricamente construidas, a significados culturales y a identidades a través de las cuales las diferencias sexuales a nivel biológico adquieren una dimensión social; no es visto como un producto estructuralmente determinado, sino como resultado de las acciones humanas en condiciones específicas. Por lo tanto, más que a una característica individual, el género se refiere a las relaciones sociales que moldean la identidad de hombres y mujeres (Laslett, B. y Brenner, J., 1989: 382).

TESIS SEGUNDA. Las mujeres comparten una misma condición opresiva por el hecho de vivir en una sociedad estructurada patriarcalmente, dentro de una cultura que legitima este patriarcado de manera permanente. Sin embargo, la opresión que vive cada mujer manifiesta variaciones y diferencias importantes, de acuerdo con la clase social a la que pertenece y al lugar que ocupa dentro de la estructura desigual de oportunidades.

En una sociedad donde las desigualdades de clase se convierten en la base de su organización central, la forma en que los sujetos se incorporan a la producción y distribución de la riqueza determina la estructura de opciones dentro de la cual construyen sus proyectos de vida y ejercen sus voluntades personales. Por el contrario, en el ejercicio de sus voluntades y en la construcción de sus proyectos de vida los sujetos crean y recrean las estructuras de opción y sus determinaciones, así como su propia inserción en la producción y distribución de la riqueza social.

Debemos reconocer que este juego de géneros se puede descifrar analizando la relación entre acción y estructura; su dinámica y la dirección de las determinaciones se encuentra reflejada, por ejemplo, en los trabajos en donde Anthony Giddens señala el concepto de dualidad como una característica, como una cualidad propia de la estructura social:

La estructura es, a la vez, medio y producto de la conducta que constante y repetidamente organiza; las propiedades estructurales de los sistemas sociales no existen fuera de su campo de acción, sino que están crónicamente implicadas en su producción y reproducción (1984: 374, citado en Crompton, R., 1989: 567).

Es necesario entender que el vínculo establecido entre individuo y sociedad resulta afectado no sólo por el enfrentamiento de las acciones de los individuos —ya sea como individuos o como grupos— con la estructura social, o con los constreñimientos que ésta ejerce sobre ellos, sino por la necesidad de entender

los distintos sistemas de diferenciación social, como clase, género, etnicidad, raza y generación. Por esta razón, se puede afirmar que tanto la acción como el constreñimiento pasan por o, mejor aún, son ejercidos a través del tamiz de la articulación de los sistemas antes mencionados.

La reflexión sobre el género como sistema de diferenciación productor de desigualdades sociales ha llegado a un punto en donde el debate acerca de la naturaleza y el desarrollo de la estructura de clases en las sociedades de nuestra era es candente, tanto teórica como metodológicamente.

Esta preocupación analítica es compartida por dos escuelas de pensamiento:

la corriente marxista y la sociología weberiana. Aunque no se puede precisar cuál de las dos escuelas la origina, sí podemos afirmar que la discusión establecida entre estas dos corrientes de pensamiento es perfectamente ilustrada por los trabajos de Eric Olin Wright y John H. Goldthorpe (Baxter, J., 1988; Crompton, R., 1989), ya que ambos han hecho patente la larga historia y la cantidad de pensadores involucrados en el tema, así como los avances y las búsquedas que se efectúan en la actualidad dentro de este campo.

Entre dichos esfuerzos de investigación, aquellos que se han interesado por estudiar la clase como entidad económica, social, política e histórica (posición objetiva de clase), así como su capacidad potencial o real de propiciar quiebres, disrupciones y transformaciones en la sociedad (conciencia de clase o posición subjetiva de clase), han generado un amplio espectro de movimientos en el orden de lo académico: desde importantes reconsideraciones teóricas hasta propuestas específicas de operacionalización para el análisis desde el punto de vista empírico (Baxter, J., 1988; Knudsen, K., 1988).

Sin embargo, independientemente de cómo se resuelvan las divergencias sobre el tema, o de qué tipo de resultados producirá el debate, para la bibliografía en la que se estudia el concepto de género el problema central es la ausencia del análisis de las formas de diferenciación genérica (Ortner, S. B. y Whitehead, H., 1981; Acker, J., 1988; Fraser, N., 1989). Aunque el argumento inicial es relativamente sencillo, no puede analizarse la diferenciación vía la clase social, ignorando la presencia de otros sistemas que coexisten con ese; el señalamiento y la crítica han provocado, como consecuencia, profundas reconsideraciones sociológicas sobre los posibles vínculos que prevalecen entre los distintos sistemas de diferenciación social.

Una vez reconociendo que, además de la clase social, existen otros sistemas que distinguen, separan y producen formas de extrañamiento y desigualdad de oportunidades en el curso de la vida de los individuos, las preguntas a las que nos enfrentamos son difíciles de contestar: ¿la clase y el género son sistemas que coexisten en un tiempo histórico determinado, pero que fundamentalmente son paralelos? Si realmente no son sistemas paralelos, ¿qué tipo de relación tienen? ¿Es general y por tanto podemos encontrarlos vinculados en todos los espacios y dimensiones de la sociedad?, ¿o es más bien específica y, por ende, sólo se relacionan en ciertas condiciones histórico-espaciales? Más aún, ¿estamos realmente frente a un encuentro entre dos sistemas, o es que su vínculo es más bien una articulación completa? Finalmente, si la respuesta a la pregunta anterior fuese afirmativa, ¿qué tipo de articulación tienen?, ¿cómo es que se ha modificado a lo largo del tiempo? y ¿cómo esperamos que se comporten frente al fenómeno de las actuales reestructuraciones políticas y sociales?¹

Los análisis que, por separado, nos ofrecen Linda Nicholson (1986), Joan Acker

1 La misma serie de preguntas no sólo puede sino que debe ser formulada para la investigación de las vinculaciones con otros sistemas de diferenciación social, como la edad a través de la generación, la raza, la etnicidad y la nacionalidad.

(1988 y 1989), Nancy Fraser (1989) y Rosemary Crompton (1989) pueden ser tornados como respuestas a las preguntas anteriores:

a) La discusión y la perspectiva que analizan el género y la clase a través de la teoría de las “esferas duales” (capitalismo y patriarcalismo) deben ser superadas, porque asumen, fundamentalmente, que la existencia de aquéllos es paralela, con lo cual se niega la posibilidad de encontrar y estudiar las formas específicas y generales de vinculación.

b) Los sistemas de clases y de diferenciación genérica están no sólo relacionados, sino articulados complejamente, a tal grado que se propone —además de la idea de “generización”— establecer la estructura de género/clase como una manera de iniciar la reconceptualización de la propia teoría de las clases sociales.

c) Se debe establecer una crítica fundamental al término “patriarcalismo”, con el fin de poder superarlo y, de ser posible, abandonarlo como concepto para designar las organizaciones sociales que oprimen a la mujer y favorecen al hombre. El argumento principal es que las teorías que pretenden mostrar el patriarcalismo como sistema que compite con el capitalismo —y que incluso se erige como modo de producción relativamente autónomo— han fracasado y que, en cambio, aquellas que se han dedicado al análisis de la relación entre géneros y del género como sistema de diferenciación han tenido mayor éxito conceptual y empírico. En todo caso, la propuesta es hablar de régimen genérico.

Para efectos de este trabajo importa —por el momento— reconocer que, como consecuencia de la estructura desigual de la sociedad, cada mujer experimenta la opresión genérica de manera distinta, de acuerdo con el estrato social y económico al que pertenece. Esta es la misma lógica opresiva, aunque su interpretación se ajusta a la forma —material, discursiva y simbólica— en la que cada grupo participa en la reproducción de los grandes paradigmas culturales de la sociedad.

TESIS TERCERA. Las mujeres construyen su identidad genérica basándose en factores vivenciales comunes y en experiencias simbólicas compartidas. El análisis de la naturaleza y la relación entre estos elementos fundamentales nos permite reconocer que existen patrones en el proceso de estructuración de la identidad de género que no dependen de la adscripción de clase, aunque se encuentran inevitablemente afectados por ella.

Kathleen Gerson (1986) establece un diálogo crítico con la literatura feminista, mismo que se ha centrado en el estudio comparativo de los géneros. Gerson acepta de manera abierta y clara que la literatura feminista ha contribuido fundamentalmente en la tarea de desentrañar el carácter de las diferenciaciones en las que está basada la relación específica intergenérica de poder al evidenciar las grandes diferencias que existen dentro del género femenino.

Esta orientación, prevista o imprevista, ha tenido algunas consecuencias “perversas” que vale la pena mencionar. La primera de ellas se relaciona con su lógica de análisis. El hecho de concentrar la atención en las diferencias femenino-masculinas provoca un reconocimiento implícito —y, en algunas ocasiones, incluso explícito— de la necesidad de establecer una “especie de guerra argumentativa” para comprobar que un sexo es mejor —más hábil, con mejores atributos para sobrevivir y para desarrollarse— que el otro. Esta lógica, que pretende demostrar la superioridad de alguno de los dos géneros, no se opone, en realidad, a la que se ha utilizado para corroborar las raíces naturales del sistema de diferenciación construido con base en la divergencia sexual. El centro de la discusión es que, desde esa perspectiva, el procedimiento se subordina a los concep-

tos y a las categorías del análisis biologizado de las disimilitudes entre el hombre y la mujer, en vez de alejarse; de esta forma, termina reduciendo su espectro analítico y convirtiéndose en un complemento de la concepción hegemónica, porque niega la dimensión social que interviene en la construcción del género (Gerson, K., 1985; Mitchell, J., 1986; Dimen, M., 1986; Nicholson, L., 1986; Tong, R., 1989).

La segunda consecuencia se vincula con el problema que ocasiona la tendencia a universalizar la condición genérica. Es histórica y políticamente comprensible que el descubrimiento de que la mujer es un sujeto oprimido dentro de todos y cada uno de los sistemas de diferenciación social tuviera que pasar por la necesidad de reconocer, primero, enfatizar y consolidar conceptualmente, después, el conjunto de similitudes entre todas las mujeres, antes que tratar de estudiar las divergencias (Mitchell, J., 1986; Saarinen, A., 1988). Sin embargo, pocos investigadores consideraron la perspectiva generalizadora como un primer paso para explicar la condición social de la mujer y la relación que existe entre géneros. Gran parte de los estudios sobre el tema se detuvo en este nivel de abstracción, obstaculizando la transición hacia el análisis de la diversidad (Delmar, R., 1986; Saarinen, A., 1988).

Aquí el problema consiste en que, una vez obtenida la fortaleza ideológica derivada del estudio y el reconocimiento de lo general, es decir, de todo lo que comparten las mujeres, resulta necesario —y el argumento se articula tanto desde la perspectiva académica, como desde la política— investigar lo que las mujeres no comparten, porque es precisamente ahí donde tendremos la posibilidad de encontrar los engranajes más finos de la reproducción social, cultural y simbólica de la relación de poder entre el hombre y la mujer.

El debate generado por la incorporación de la categoría de clase social, estructura desigual de oportunidades o sistema de diferenciación, puede interpretarse como la primera ruptura con la generalización como método y el primer paso para estudiar la diferencia intragenérica. La discusión que existe en la actualidad acerca de la construcción de la identidad de género y sus implicaciones sociales representa la segunda ruptura y el segundo esfuerzo en esa dirección.

Desde el punto de vista de una historia social de las ideas, podemos observar que hacia mediados de la década de los ochenta y durante los primeros años de los noventa apareció una serie de estudios que, a pesar de ser guiados por diferentes motivaciones teóricas y metodológicas, contribuyeron de manera decisiva a la construcción de una sociología de la identidad de género.

Dentro del mismo periodo existen además otros estudios en los que se ha manifestado la preocupación por la temática de la identidad genérica, aunque desde una perspectiva distinta; su contribución ha sido menor en el aspecto de la dimensión social, puesto que han partido más desde el punto de vista del psicoanálisis hacia el campo antropológico o sociológico.

A pesar de que estos trabajos se basan en diversas experiencias empíricas e investigaciones de campo realizadas en distintos países; que cuentan con diversas trayectorias lógicas y diseños de investigación, y que parten de premisas teóricas y escuelas de pensamiento diferentes, e incluso arriban a distintas conclusiones, todos han encontrado elementos básicos y centrales

2 Me referiré en particular al siguiente grupo: 1) Betsy Wearing, *The ideology of Motherhood: A Study of Sidney's Suburban Mothers*, 1984; 2) Teresita de Barbieri, *Mujeres y vida cotidiana*, 1984; 3) Kathleen Gerson, *Hard Choices. How Women Decide About Work, Career, and Motherhood*, 1985; 4) Teresa Valdés, *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*, 1988; 5) Marcela Lagarde, *El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, 1990, y 6) Brígida García y Orlandina de Oliveira, *Maternidad y trabajo en México*, 1991.

—muchos que comparten, otros que son más bien de orden complementario— que apuntan hacia el conocimiento de cómo es que las mujeres construyen su identidad de género.

Explícitamente articulados o implícitamente incorporados, estos estudios plantean —desde su diseño hasta sus resultados— una búsqueda cognoscitiva: la explicación de la intersección entre las dimensiones de pertenencia (compartir una condición de género) y de desigualdad social (estructura de clases y de opciones). La segunda es utilizada como categoría por razones metodológicas, ya que funciona como herramienta para establecer comparaciones entre distintos grupos sociales, y también porque se hipotetiza que la manera en cómo cada mujer vive su condición y resuelve sus problemas de identidad presenta importantes diferencias de acuerdo con el lugar que ocupa en el sistema de diferenciación por clase social.

La gran convergencia, sin embargo, se desarrolla una vez que se ha detectado y estudiado la intersección entre pertenencia y desigualdad. Por supuesto, este es un proceso que comienza deliberando sobre la diferencia intragenérica y conduce al análisis de la estructura de clases; aunque, en realidad, donde se produce la serie de descubrimientos analíticos relacionados con la identidad de género es en la diferencia que se produce en la intersección de las dos dimensiones. Lo paradójico es que al estudiar dicha diferencia los descubrimientos nos hablan más de lo que las mujeres comparten, que de lo que no comparten, aunque ahora entendido desde el extrañamiento que produce ejercer la voluntad dentro de un marco de opciones profundamente apartado por la estructura de clases.

Al localizar y analizar la diferencia existente en la intersección de género y clase, descubriremos nuevamente un mundo de similitudes que nos acercarán o, si se prefiere, nos retomarán conceptualmente a la dimensión de la pertenencia genérica, aunque ahora desde el punto de vista de la edificación de la identidad.

Respecto de este último concepto, me parece válido argumentar que su resignificación ha estado fuertemente ligada a la evaluación crítica de la razón moderna y de la modernidad en la filosofía y las ciencias sociales (Habermas, J., 1987; Giddens, A., 1991). En su proceso de resignificación han participado muchos estudiosos del tema, aunque las contribuciones definitivas han sido no sólo las de George Herbert Mead, que causaron gran impacto en el interaccionismo simbólico, en la sociología fenomenológica y, en general, en la psicología social (Berger, P. y Luckmann, T., 1966; Habermas, J., 1987), sino también en las de Erik Erikson y su herencia para algunas corrientes del psicoanálisis, la psicología profunda y la social (Roland, A., 1979; JacobsonWidding, A., 1983; Josselson, R., 1987; Yardley, K. y Honess, T., 1987).

Vale la pena destacar que el significado del concepto de identidad ha sufrido una transformación y que, además, se ha establecido una serie de vínculos definitivos entre éste y la dimensión de lo social, los mecanismos de formación de la conciencia y las representaciones colectivas (en el tenor durkheimiano). Identidad dejó de entenderse como un proceso que solamente ocurría y formaba parte del mundo de la personalidad y el carácter, lo cual permitió abandonar las descripciones dicotómicas entre la “persona individual” y la “persona social”. En términos de la formación de identidad, se reconoció que había un sinnúmero de mecanismos de introyección y recreación de conjuntos simbólicos que eran compartidos en la “exterioridad social”; identidad, entonces, se convirtió en un problema que tenía que pasar por la explicación del “ser parte de”, o, en otras palabras, por el estudio del fenómeno de la pertenencia social.

Los primeros en hablar de identidad de género fueron el psiquiatra Robert Stoller (1968) y su grupo de investigadores; sin embargo, desde el prefacio de su ya clásico texto, Stoller nos advierte que, aunque su proyecto es académico y el tipo de estudios que realizó fue clasificado bajo ese rubro, el concepto de identidad de género

fue utilizado simplemente como herramienta para facilitar el desarrollo de la investigación. Las dificultades teóricas que Stoller percibió en las definiciones de género e identidad fueron suficientes para crear, dentro de su empresa intelectual, una actitud cautelosa frente a los retos que el concepto de identidad de género pudiera significar.

Efectivamente, a pesar de que Stoller fue el primero en introducir este término a los estudios sobre el tema, la importancia de su trabajo radica más en la contribución que hizo a la conceptualización de género como construcción social, que al esclarecimiento teórico de la identidad de género como tal.

Si bien es cierto que aún está por consolidarse el análisis de las dimensiones sociales en los procesos de formación de identidad, los estudios sobre el concepto de género muestran ya una madurez incuestionable, producto del doble efecto del desarrollo de la perspectiva —que originalmente partía del cuestionamiento feminista— y la legitimidad que se ha ganado en el transcurso de su desarrollo. Por lo tanto, podemos pensar que estamos ya en condiciones de retomar las preocupaciones de Stoller y enfrentar los retos que tuvo que eludir en el estudio de la identidad de género.

Lejos de tratar de imponer un sello conclusivo a la labor de investigación y al debate sobre el tema, la propuesta de este artículo es realizar una lectura del conjunto de trabajos publicados desde mediados de los ochenta hasta nuestros días, y que contienen verdaderas convergencias teórico-metodológicas, hallazgos comunes a los que he denominado “encuentros cognoscitivos”. A continuación se mencionan algunas consideraciones que quizá funcionen como perspectiva analítica para la articulación de dichos hallazgos. Los ejes que definen la identidad de género de las mujeres son tres:

- a) La maternidad y el ser madre.³
- b) El matrimonio o la unión, y el ser esposa o compañera.⁴
- c) El trabajo o la profesión, y el ser trabajadora o profesionalista.

La identidad de género de las mujeres, en un tiempo y un espacio históricamente determinados, es producto de articulaciones específicas que pertenecen a estos tres ejes; es la manera en cómo se percibe, se valora, se introyecta y se vive simbólica y factualmente cada una de las esferas mencionadas lo que produce la resolución de la identidad en cada mujer.

3 Una proporción considerable de estudios, tanto estadounidenses como europeos, ha comprobado la importancia de distinguir entre la maternidad y el ser madre (*motherhood and mothering*), no sólo porque de esta manera se pueden apreciar diversos aspectos analíticos y momentos del curso de vida, sino también porque las respuestas que las mujeres dan, y sus propias percepciones, distinguen con cierta claridad las dos formas. En lo particular, esta diferenciación me parece importante porque distingue y señala la dimensión simbólica y la factual. Podemos encontrar un ejemplo de esta discusión en los trabajos de Nancy Chodorow (1978 y 1989). A su vez, la distinción teórica se mantiene —e incluso se toma metodológica— en las investigaciones de Wearing (1984 y 1990), Gerson (1985) y García y De Oliveira (1991).

4 La inclusión de los términos “unión” y “compañera” obedece a la necesidad de aclarar que este proceso ocurre no sólo dentro de las uniones social y legalmente aceptadas. Aquí, como en el primer eje, resulta también relevante el doble énfasis que se hace en lo simbólico y en lo factual.

5 Estos conceptos no se refieren solamente a la labor asalariada o remunerada. Se le otorga inclusividad teórica no sólo al trabajo “extradoméstico”, sino también al que se realiza dentro de los confines del hogar, esté o no vinculado a procesos productivos “externos” (para obtener más información al respecto, véase De Barbieri, 1984). De igual forma, la contraposición entre trabajo productivo y trabajo improductivo sólo tiene sentido cuando se convierte en calificativo simbólico de las labores que realiza la mujer. En este eje se hace patente de nuevo la diferencia entre la esfera simbólica y la factual. La distinción entre trabajo y profesión (*work and career*), y las consecuencias que tiene para los proyectos, experiencias y percepciones de las mujeres es explorada y argumentada sólidamente en Gerson (1985) y en García y De Oliveira (1991).

La identidad de género se construye con base en un proceso de orden simbólico. Lo que define la existencia de la maternidad como símbolo con repercusión a nivel inter e intraclasa en una sociedad determinada no es la práctica o la expectativa de ser madre —que se asume y se introyecta en forma de destino manifiesto, o como parte de un futuro anhelado—, sino la presencia imaginaria de la maternidad, la sempiterna posibilidad de convertirse en madre. Esto es lo que proporciona al símbolo su fuerza estructuradora, permitiéndole ser apropiado como uno de los ejes organizadores del género.

Los símbolos tienen la virtud de convertir la experiencia individual en experiencia social, y viceversa, generando con ello las condiciones mínimas de pertenencia a determinado grupo social, gradas al efecto de compartir lo que otras (otros) sienten, desean, viven y planean. Identificarse con una imagen es contribuir a su definición, su validación y su reafirmación: aquello que se reconoce y valida “externamente”, y en lo cual nos vemos, nos palpamos y nos reconocemos, es o se convierte en parte de nosotros. De igual forma, definirse por contraposición a una imagen socialmente determinada (por diferencia o negación), significa también participar en su legitimación. Así, por ejemplo, al desaparecer la imagen social desaparece también todo aquello que se define por oposición a ella. Las mujeres son madres de niñas y de ancianas, en la adolescencia y en la adultez; las mujeres son madres de sus madres e hijas de sus hijas; son madres aun sin tener hijos.

Los ejes conceptuales que aquí se proponen no sólo entran en acción como elementos estructuradores de la identidad de género en el momento de su aparición; están siempre presentes porque son formas sociales que guían y delimitan la conducta, perfilan y evalúan las formas de actuar, participando de esa manera en la definición de lo que es “propio” genéricamente. Estos ejes funcionan como símbolos que diseñan, organizan, nombran y califican con todo detalle lo que significa ser mujer.

Aunque estos ejes simbólicos no dependen de un evento determinado, la articulación entre ellos —e incluso la propia relación de la mujer con cada una de las dimensiones genéricas— se modifica con cada suceso. Desde el punto de vista histórico-temporal, la propuesta implica que los ejes sobre los cuales se construye la identidad permanecen desde el nacimiento hasta la muerte. Su desarrollo específico se adecua al curso de vida de cada mujer y al ejercicio de su voluntad individual; la articulación entre ellos se modifica y se recompone; se reacomoda produciendo cambios constantes en su manifestación grupal, comunitaria y social.

Desde esta perspectiva, en la vida no existe una etapa específica en donde se resuelva la identidad genérica; no es que la posibilidad de completar la construcción de la identidad sea factible solamente a partir del momento en que ya se vivieron cada una de estas dimensiones (cuando se es madre, compañera o trabajadora). No hay una etapa en la cual las mujeres finalicen el proceso de consolidación de su identidad de género. Lo que es cíclico no es la resolución sino, en todo caso, las modificaciones que la identidad sufre en función de las experiencias que cada mujer vive, incorpora, valora o simboliza. Desde la infancia hasta la senectud, todas las mujeres viven un proceso continuo de rearticulación de las dimensiones centrales de su identidad de género.

A partir de la unicidad de personalidad y carácter, las mujeres comparten el hecho de construir su identidad de género basándose en estos tres ejes. Ahora, cuando se habla de articulación no hay que pensar necesariamente en la figura retórica de un engranaje bien aceitado que logra una coexistencia pacífica entre ejes; en la articulación particular de una época, y a lo largo de las rearticulaciones continuas del curso de la vida, los ejes compiten entre sí, entran en conflicto por dominar la identidad e incluso intentan anularse el uno al otro. Hay momentos y mujeres capaces de articular sin negar, sin abandonar, sin disolver. Pero también existen mujeres y momentos en donde sólo es posible desc-

frar y rescatar la identidad vía la negación, el abandono y la disolución. A lo largo de la vida se sufren reacomodamientos constantes: se es o no se es muchas cosas:

madre, esposa, trabajadora. Constantemente se viven disyuntivas que influyen en elecciones contrapuestas: se es madre y esposa, o se es trabajadora y profesionista;

se es esposa, o se es madre (madres solteras con la imposibilidad de encontrar una pareja); se es trabajadora doméstica no asalariada (mujeres sobre las cuales recae la responsabilidad de la reproducción doméstica) siendo esposa y madre, o se redefine el cómo ser esposa y madre. La correlación de fuerzas entre ejes, o el predominio de una de las dimensiones sobre las demás se recompone y se modifica: para asegurar el “éxito como profesionista” se asume el costo de no tener hijos y pareja estable; para tener una familia integrada y estable se opta por una participación laboral cíclica e inestable; para retener a la pareja se sacrifican los planes laborales y hasta los maternales. Se replantea la manera de decidir: si el ser madre y esposa implica vivir para y en función del compañero y los hijos, ¿es necesario abandonar el matrimonio y la maternidad cuando se decide vivir para sí misma? ¿Es esto quizá una opción entre la bondad y la maldad, entre la capacidad de sacrificio y la posibilidad de la autosuficiencia, entre la entrega y el egoísmo? Lo que me niega a mí ¿define a mi pareja y a mis hijos, y lo que me define a mí los niega a ellos?

Así, la identidad genérica no se resuelve de una vez y para siempre. Como ocurre con distintas formaciones en otros terrenos sociales, la estructuración de la identidad es un proceso permanente y continuo; no es lineal ni acumulativa, está más bien sujeta a transformaciones constantes, a incesantes cambios de curso. Además, es necesario enfatizar de manera reiterativa que las rupturas y redefiniciones son parte sustantiva del proceso mismo, lo cual se debe a la incesante tensión que existe entre el ejercicio de la voluntad individual y los constreñimientos económicos, sociales, políticos, culturales y simbólicos.

El orden de los ejes no es fortuito. Aun en los países donde las tasas de fecundidad están por debajo del nivel de reemplazo los estudios parecen sostener que la maternidad sigue siendo primordial para la estructuración de la identidad. Por otro lado, podría cuestionarse si en efecto el matrimonio ocupa el segundo sitio en importancia, sobre todo en países que cuentan con una participación femenina muy alta dentro del mercado laboral. A ese razonamiento se puede contraponer el argumento de que mientras la maternidad y el ser madre sigan constituyéndose como los elementos centrales para la mayoría de las mujeres, el matrimonio o la formación de pareja le seguirá siempre en orden de importancia. De hecho, Marcela Lagarde (1990), cuyo análisis se centra en la experiencia mexicana —aunque de muchas maneras también en la latinoamericana—, prefiere utilizar el concepto de madresposa, tal vez para destacar que lo que entra en juego son los dos elementos fusionados. Reforzando este punto, Valdés (1988) encuentra que, con frecuencia inusitada, las mujeres recurren al matrimonio como vehículo para ser madres, o como herramienta principal para la formación y cohesión de una familia; es decir, la pareja es concebida no como un fin en sí mismo, sino como un instrumento que ayuda a la mujer a colocarse dentro de un estatus donde privilegiadamente se les define “como tales”.

ELEMENTOS PARA LA TESIS CUARTA. Las distintas formas en las que la mujer construye su identidad genérica están estrechamente vinculadas con la definición social de su ser y de su cuerpo como un ser-de-otros y como un cuerpo-para-otros.

La reproducción global, las posibilidades reales de desarticulación del sistema genérico actual de diferenciación social, los microsistemas y las micro culturas de reproducción específica son preocupaciones implícitas que se reflejan de manera constante

en los estudios dedicados a descubrir la forma en que se comportan algunos de los elementos que intervienen en la construcción de la identidad de género.

Por un lado, tenemos la posición de autoras que otorgan gran importancia a la socialización como herramienta para explicar la transmisión de la ideología y las conductas “patriarcales” vía la relación madre-hija. Ejemplo de esto son los trabajos de Chodorow (1978 y 1989) y Lagarde (1990). Estas investigadoras sostienen un debate con autoras como Gerson (1985), quien relativiza este análisis porque lo encuentra estrechamente determinista, debido a que asume que el mecanismo es universal y homogéneo. Lo que en este caso se somete a discusión no es el hecho de que la socialización sea o no un proceso importante durante la infancia; es decir, no se critica la teoría de la socialización en sí, sino las formas de interpretar y aplicar sus postulados fundamentales al análisis sociológico de la relación entre el hombre y la mujer. Este debate se centra, por tanto, en los procesos de enseñanza, comunicación, introyección y aprendizaje durante los primeros años de vida, y tiene como fin explicar la reproducción de los contenidos centrales del sistema de diferenciación que pasa por la condición de género.

Por otra parte, encontramos el análisis de los grupos específicos que no se someten a la norma “patriarcal”, e incluso de aquellos que pueden considerarse como disruptores o transformadores de los hábitos, costumbres y concepciones, tanto en el campo doméstico como en el laboral. Por ejemplo, en el trabajo de Gerson (1985) se afirma que las formas concretas de reproducción de las asignaciones genéricas de actividades y espacios vitales se resquebrajan en el grupo de mujeres que deciden combinar (o acaban combinando) la maternidad y el trabajo como carrera profesional. Según el análisis de Valdés (1988), estas características pueden encontrarse en mujeres que consideran prioritaria la realización de sus propios planes, y no anteponen a ellos la dedicación total a los demás (a la familia, a la pareja, a los hijos). En la investigación de García y De Oliveira (1991), las mujeres que son capaces de conjuntar la labor de ser madre con el trabajo como carrera, y que a la vez presentan una mayor preocupación por su desarrollo personal, tanto en los sectores medios como en los populares, son las que podrían ser consideradas como disruptoras de la normatividad y la organización simbólica en lo doméstico, lo comunitario y lo social. Tras estas búsquedas existe un cuestionamiento acerca de la existencia y la formación de los agentes del cambio.

Otra área de interés es la conformada por los debates que orientan el problema hacia el análisis de la relación entre hombre y mujer como una relación de poder multidimensional. Aquí lo interesante no es la perspectiva —que se remonta al inicio de los sesenta—, sino la manera de abordar su estudio y el tipo de cuestionamientos que de él se derivan. Por una parte, se discute, se cuestiona y se recupera la riqueza analítica y crítica de la microfísica foucaultiana (Fraser, N., 1989); un ejemplo de esto es entender que cada dimensión específica donde se suscitan las relaciones y se ejercen los poderes tiene su propio universo explicativo, y por ello requiere de esfuerzos también específicos para desentrañar y descifrar la naturaleza de su lógica, desde la actividad político-pública hasta los rincones afectivos de lo inconsciente;

desde el mercado laboral hasta la sexualidad; desde las instituciones burocráticas hasta los consultorios psicoanalíticos. En cada espacio de representación social debemos descubrir lo que se produce y reproduce; lo que se teje, desteje y entreteje;

lo que se deposita, arriesga y apuesta, así como el tipo de vinculaciones que se establecen con otros espacios. Por otra parte, la evidente necesidad de relativizar la concepción que visualiza (o visualizaba) la relación de poder como un ejercicio vertical, unilateral e incuestionable, aunada a las indagaciones sobre la naturaleza ambivalente, metamorfosica y multifacética de las formas de intercambio emocional y erótico entre géneros, hace que entendamos que la relación entre hombre y mujer en los campos laboral, profesional

y afectivo se presenta y manifiesta como una relación de poder no sólo singular, sino compleja de entender (Sayers, J., 1986; Josselson, R., 1987). Aceptar que el análisis de la relación, desde este punto de vista teórico, tiene que reconocer la existencia factual y simbólica de profundos vínculos afectivos de dependencia, permite preguntarse, por ejemplo, en qué medida la construcción de la identidad de género de la mujer está ligada consustancialmente a la del hombre y hasta qué punto la identidad genérica del hombre depende de la identidad genérica de la mujer, en la misma forma en que su lugar social de poder depende de la definición del lugar social de la mujer como el de no poder. De manera complementaria, podemos cuestionarnos qué tipo de poder es el que la mujer ejerce desde su lugar social del no poder.

Finalmente, me parece necesario no sólo tomar con extrema seriedad algunas propuestas teóricas de Marcela Lagarde —basadas en las deliberaciones psicoanalíticas de Franca Basaglia—, sino recomendarlas como material para la elaboración de investigaciones sociológicas que exploren la vinculación entre reproducción social y orden simbólico en el terreno de la diversidad genérica:

Todas las mujeres están cautivas de su cuerpo-para-otros, procreador o erótico, y de su ser-de-otros, vivido como necesidad de establecer relaciones de dependencia vital y de sometimiento al poder y a los otros. Todas las mujeres, en el bien o en el mal, definidas por la norma, son políticamente inferiores a los hombres y entre ellas. Por su ser-de y para-otros, se definen filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal (1990: 24).

Ninguno de los debates concernientes a la construcción de la identidad genérica está resuelto. Todas las discusiones acerca de los ejes que la conforman —cómo se producen las articulaciones de los mismos; sus diferentes formas; los patrones que se reconocen y cómo éstos cambian a través del tiempo, y la capacidad relativa que tiene cada mujer para transformarlos y con ello transformar también su propia identidad— están abiertas. Los hallazgos que se han discutido en este artículo representan críticas y reflexiones en las que deberemos profundizar colectivamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Acker, Joan, "Class, Gender, and the Relations of Distribution", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 3, núm. 13, 1988, pp. 473-497.
- , "The Problem with Patriarchy", *Sociology*, vol. 2, núm. 23, 1989, pp. 235-240.
- Baxter, Janeen, "Gender and Class Analysis: the Position of Women in the Class Structure", *The Australian and New Zealand Journal of Sociology*, vol. 1, núm. 24, 1988, pp. 106-123.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge*. New York, Anchor Books, Doubleday, 1966.
- Collier, Jane, Fishburne y Yanagisako, Sylvia Junko (eds.), *Gender and Kinship. Essays Toward a Unified Analysis*. Stanford, Stanford University Press, 1987.
- Crompton, Rosemary, "Class Theory and Gender", *The British Journal of Sociology*, vol. 4, núm. 40, 1989, pp. 565-587.
- Chodorow, Nancy, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley, University of California Press, 1978.
- , *Feminism and Psychoanalytic Theory*. New Haven, Yale University Press, 1989.
- De Barbieri, Teresita, *Mujeres y vida cotidiana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Delmar, Rosalind, "What is Feminism?", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *What is Feminism? A Reexamination*. New York, Pantheon Books, 1986, pp. 833.
- Dimen, Muriel, *Surviving Sexual Contradictions. A Startling and Different Look at a Day in the Life of a Contemporary Professional Woman*. New York, MacMillan Publishing Company, 1986.
- Marx Ferree, Myra y Beth B. Hess, "Introduction", en Beth B. Hess y Myra Marx Ferree (eds.), *Analyzing Gender. A Handbook of Social Science Research*. Newbury Park, Sage Publications, Inc., 1987, pp. 930.
- Fraser, Nancy, *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, *Maternidad y trabajo en México: una aproximación microsocia*. México, El Colegio de México, 1991 (mimeo).

Gerson, Kathleen, *Hard Choices. How Women Decide about Work, Career, and Motherhood*. Berkeley, University of California Press, 1985.

Giddens, Anthony, *Modernity and Selfidentity. Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge, Polity Press, 1991.

Habermas, Jürgen, *The Theory of Communicative Action. Lifeworld and System: a Critique of Functionalist Reason*. Boston, Beacon, vol. 2, 1987.

JacobsonWidding, Anita (ed.), *Identity: Personal and Sociocultural*. Uppsala, Almqvist & Wiksell, 1983.

Josselson, Ruthellen, *Finding Herself: Pathways to Identity Development in Women*. San Francisco, JosseyBass, 1987.

Knudsen, Knud, "Class Identification in Norway: Explanatory Factors and Lifecycle Differences. (Research Note)", *Acta Sociológica. Journal of the Scandinavian Sociological Association*, vol. 1, núm. 31, 1988, pp. 6979.

Lagarde, Marcela, *El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

Lamas, Marta, "La antropología feminista y la categoría 'género'", *Nueva antropología*, vol. VIII núm. 30, 1986, pp. 173198.

Laslett, Barbara y Johanna Brenner, "Gender and the Social Reproduction: Historical Perspectives", *Annual Review of Sociology*, núm. 15, 1989, pp. 381404.

Millett, Kate, *Sexual Politics*. Garden City, Doubleday & Company, Inc., 1970.

Mitchell, Juliet, "Reflections on Twenty Years of Feminism", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *What is Feminism? A Reexamination*. New York, Pantheon Books, 1986, pp. 3448.

Nicholson, Linda J., *Gender and History. The Limits of Social Theory in the Age ofthe Family*. New York, Columbia University Press, 1986.

Ortner, Sherry B. y Harriet Whitehead (eds.), *Sexual Meanings: the Cultural Construction of Gender and Sexuality*. New York, Cambridge University Press, 1981.

Roland, Alan, "Identity as an Orienting Concept", en Alan Roland y Barbara Harris (eds.), *Career and Motherhood. Struggles for a New Identity*. New York, Human Sciences Press, 1979, pp. 4754.

Rubin, Gayle, "The Traffic of Women: Notes on the Political Economy' of Sex", en Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*. New York, Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.

Saarinen, Aino, "Feminist Research: in Search of a New Paradigm", *Acta Sociológica. Journal of the Scandinavian Sociological Association*, vol. 1, núm. 33, 1988, pp. 355-1.

Sayers, Janet, *Sexual Contradictions. Psychology, Psychoanalysis, and Feminism*. London, Tavistock Publications, 1986.

Stoller, Robert, *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*. New York, Science House, 1968.

Tong, Rosemarie, *Feminist Thought. A Comprehensive Introduction*. Boulder, Westview Press, 1989.

Valdés, Teresa, *Venid, benditas de mí padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*. Santiago, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1988.

Wearing, Betsy, *The Ideology of Motherhood. A Study of Sydney Suburban Mothers*. Sydney, George Allen & Unwin, 1984.

—, "Beyond the Ideology of Motherhood: Leisure as Resistance", *The Australian and New Zealand Journal of Sociology*, vol. 1, núm. 26, 1990, pp. 365-8.

Yardley, Krysia y Terry Honess (eds.), *Self and Identity: Psychosocial Perspectives*. Chichester, John Wiley & Sons, 1987.